

P. 4479

Año XI

Mes de Noviembre de 1912.

Número 85

SOCIEDAD ARTE ESPAÑOL

PROGRAMA-REVISTA



ANTONIO CASERO



PROGRAMA

Función para el viernes 29 de Noviembre.

Teatro de la Comedia

- 1.º Sinfonía por el sexteto.
- 2.º La comedia en tres actos y en prosa, original de D. Francisco Pérez Echevarría, titulada

¡LO QUE VALE EL TALENTO!

REPARTO

La Condesa del atajo.	Srta.	Granda.
Leonor	›	Pérez Boira.
D. Pedro	Sr.	Castillejo.
Valentín	›	G. Pereda.
Ricardo	›	Muñoz.
El Conde del atajo..	›	Morillas.
Ramón	›	Sáinz.

- 3.º El sainete en un acto y en prosa, original de D. Antonio Casero, cuyo título es

¡EL MISERABLE PUCHERO!

REPARTO

Tecla	Srta.	Durán.
Raimunda	›	Granda.
Rosa	›	Pérez Boira.
Paco	Sr.	Morillas.
Cipriano	›	Sáinz.
Gerineldo	›	G. Pereda.
Mosquito	›	Sánchez.
Pepe	›	Muñoz.
Inspector	›	Huerta.
Guardia	›	Mac-Veigh,

A las cuatro y media en punto.

ANTONIO CASERO

Si un deber de cortesía no nos lo vedara podríamos suprimir por completo las líneas que han de acompañar al retrato con que honramos hoy la primera página de nuestra revista. ¿Qué vamos á añadir al epígrafe? ¿Vamos á descubrir á D. Antonio Casero? Necesita de la presentación y del elogio el principiante desconocido cuyo nombre han de divulgar críticos y noticieros para que el gran público se fije en sus obras y estime sus méritos y Antonio Casero, á quien su notoriedad ha suprimido ya el ceremonioso Don, no solamente es ventajosísimamente conocido sino popular.

¿Quien no conoce en Madrid al aplaudido escritor madrileño? Todos saben que comenzó modestamente imitando á otro madrileño ilustre: á López Silva, para acabar por tener estilo propio y decidida personalidad literaria. Casero, que compartió su vocación á la literatura con la del arte pictórico, quizás tomó de este último su procedimiento; Copió los modelos de los maestros y en cuanto dominó el dibujo y el color estudió directamente *el natural*.

En este rico venero de costumbres y tipos pintorescos halló su talento materia abundante que reflejar artísticamente en sus sainetes y en sus versos.

La Sociedad ARTE ESPAÑOL se complace en ofrecerle público tes-

timonio de gratitud por su bondadosa cooperación en su favor y si no le admira más que el público, porque eso es imposible, se ufana en aventajarle en su afecto.

LUIS DE CUENCA.

SERVIDOR

¿Que quién es el coplero?...

Sea quien fuere,
es aprendiz de todos
y á todos quiere,
pula su lira,
y aunque no es admirado,
canta y admira.

¿Que porqué canto coplas
tan desgarradas,
y porqué mis canciones
son achuladas?...

¿Que porqué canto
á este Madrid hermoso
que quiero tanto?...

Porque nací en el barrio
de Maravillas;
porque aspiré el ambiente
de las Vistillas;
por eso quiero
sentirme yo en mis coplas
populachero.

Porque entre clase y clase,
cuando estudiaba,
fuíme por las Peñuelas,
y por la Cava,
y Morería,
á inspirarme en la andante
chulapería.

Porque bailé en los bailes
de Curtidores,
en la Flor y en los patios
de Embajadores
con la «Moñete»,
que era entonces la reina
del molinete.

Porque quise á modistas
y á cigarrerías,
y me volvieron loco
las costurerías;
por eso quiero
sentirme yo en mis coplas
populachero.

Porque no hubo verbena
ni romería,
á la que no cantase
la musa mía;
porque ni en broma,
falto á ver á mi Virgen
de la Paloma.

Porque he visto en las gentes
del pueblo bajo
tanto amor á la broma
como al trabajo;
porque sus penas
se nublan con los sonos
de las verbenas.

Porque, aunque mal cantadas,
son mis canciones
espejo donde miro
mis ilusiones,
pues de mi un día,
se hizo dueña absoluta
la poesía:

y venciendo á los textos
de mi carrera,
camparon los romances
por mi mollera;

por eso canto
á este Madrid hermoso
que quiero tanto.

Porque en las aguas veo
del Manzanares
lavarse muchas ropas
de muchos lares
de Media España,
que en Madrid se refugia,
y aun les extraña.

Que el pobre Manzanares
sea pequeño;
y aunque sus aguas quepan
en un barreño,
¡en su corriente
se lava tanta ropa
de tanta gente!...

Por eso canto al pueblo
donde he nacido,
que al vencedor eleva
como al vencido;
por eso quiero
sentirme yo en mis coplas
populachero,

Porque nací en el barrio
de Maravillas,
porque aspiré el ambiente
de las Vistillas;
porque, ni en broma,
falto á ver á mi Virgen
de la Paloma.

Porque soy madrileño
y enamorado
de este trozo de gloria
que Dios me ha dado,
por eso quiero,
mal tocando mi lira,
ser un coplero.

ANTONIO CASERO.

¡POR HUIR DE LA LLUVIA!

Llovía á torrentes. Pocos eran los transeuntes; el agua y el frío los había hecho ir á refugiarse en sus casas, en los teatros, en los casinos en busca de un bienestar que el tiempo no les brindaba en plena calle. Los escasos valientes, con paso rápido y menudo, ese modo peculiar de andar de cuando llueve, buscaban un sitio donde al menos por un rato huir del chaparrón. Este arreciaba de veras y con fragor caía sobre las losas el agua y rebotando enérgicamente atacaba al pobre viandante por las plantas al mismo tiempo que por la cabeza.

Luciano, refugiado en el quicio de una puerta veía el, para él, hermoso espectáculo de la naturaleza. Amigo de extravagancias, entre las muchas que le adornaban figuraba la de ser admirador de todo lo extraordinario, del fuego, de la nieve, del granizo y sobre todo de la lluvia; nada para él mas agradable que recorrer la población sintiendo sobre su impermeable y su sombrero, especial para estos casos, resonar el chasquido de las gotas de lluvia. Pocas veces se refugiaba en un portal y si lo hacía no era por no mojarse, sino para no pasar por loco ante los buenos burgueses que asombrados le veían atravesar lloviendo las calles, impávido, sin ocuparse de lo que á los demás tanto molestaba.

Esta era una de esas ocasiones. Al ver que él era el solo que volun-

tariamente sufría el remojón, siguió la corriente de los demás y se refugió en un magnífico portal, en el que á su paso le pareció mejor ocupado.

Su entrada fué acogida un poco hostilmente; estaba lleno y es de comprender que la llegada de un impermeable chorreando y amplio no era una buena perspectiva para aquellos á cuyo lado se colocase su dueño. Pero como todo pasa se acostumbraron á su presencia y ni sus más inmediatos vecinos volvieron al cabo de un rato á fijarse en él ni siquiera para hacerse cargo de que por su culpa caía sobre ellos más agua que si se hallasen en el centro de la vía y que esta mojadura aún era mayor por la compresión de los accidentales ocupantes de la entrada del edificio. En cuanto á él, su primer movimiento fué enterarse á conciencia de los rostros de unas niñas que compartían con él el abrigo y que fueron la causa inocente de su entrada. Pero, ¡oh desilusión! á poco y cuando ya comenzaba á entusiasmarse, la madre tuvo una idea: la de tomar un coche vacío que pasaba y en él se marcharon. Y entonces Luciano, sin aquel entretenimiento, se dedicó á contemplar como llovía.

Aborto en sus reflexiones, que podremos llamar de poesía húmeda, se hallaba, cuando sintió un golpe en la espalda y que una voz le decía:

—¡Adiós hombre! Hace media hora que has entrado y no te he conocido hasta ahora ¿Como estás?

— Bien. ¿Y tú?—Le respondió to-

do sorprendido el interlocutado al ver á un individuo alto, delgado y bien vestido al que no conocía y que le tuteaba, tendiéndole la mano por cima del hombro de una mujer que entre ambos se hallaba.

—Pues ya ves, chico; ¡tan contento como siempre! Me casé; esa es la única novedad que puedo contarte...

—Pues... enhorabuena—contestó Luciano sin atreverse á sacar de su error á su inesperado amigo ante el temor de ser él el equivocado.

—¿No vas al café?—siguió diciendo el hombre alto—Yo tampoco.

Luciano no recordaba haber ido habitualmente á otro café que al que en su época estudiantil concurría y al que no había vuelto. Mucho le sorprendía no recordar entre el grupo de habituales contentullos á la persona que le hablaba, pero no queriendo pasar ante el desconocido como un ser olvidadizo, le respondió:

—No me es posible, estoy muy ocupado.

—¡Ah sí! ¿Y en qué?

—Hombre, en mi carrera!

—¡Ya me lo figuro!... Quiero decir que en que especialidad... No eres médico?

Nueva estupefacción de Luciano al ver que el que suponía compañero de carrera no sabía siquiera la que tenía. El hombre mientras tanto se había abierto camino y conseguido ocupar un sitio junto á nuestro protagonista, al borde de la calle. Decidido Luciano á salir de dudas le contestó:

—¿Pero no fuimos compañeros? ¡Como voy á ser médico!

—Tienes razón, perdona, pero ¡es que cada vez estoy más chillado, más loco!... ¿Y que, ves á nuestros compañeros?

—Muy poco. A Mangaruzza le veo alguna vez, pero á los demás casi nunca.

—¡Lo mismo me pasa á mí! A Mangaruzza le veo también alguna vez... Y á Carranceja, le has vuelto á ver?

—¿Carranceja? No le recuerdo—repuso Luciano recapacitando y buscando entre sus recuerdos al de un compañero de este apellido.

—Pues pocas veces que hemos ido juntos!.. Nada chico; que veo que no soy solo yo el chillado. ¡Tu lo estás más!—Y al decir esto abrazaba efusivamente á Luciano que no sabía que hacer y á quien le iba pareciendo la cosa algo pesada.

Resuelto á saber algo aun á costa de aparecer ante el que se decía su compañero como desprovisto de toda memoria, una vez que pudo desasirse de los brazos de este, le dijo:

—¡Y que tienes razón!... ¿Y sabes hasta que punto estoy chillado? ¡Pásmate!... ¡Ya no me acuerdo como te llamas!

Una gran carcajada fué la respuesta que obtuvo y el individuo alto y delgado después de darle unas palmaditas en el hombro una vez que terminó de reirse, se fué diciendo alegremente y á voces:

—¡Siempre el mismo! ¡Vejo que no pierdes el humor á pesar de los años!... Siento dejarte, pero ya no

llueve casi y tengo que hacer... ¡Dígame que no se acuerda como me llamo...! ¡já, já, já...! Ya te acordarás de mí...! ¡já, já, já...!

Y Luciano, estupefacto, le vió desaparecer entre la gente que aprovechando, en efecto, un claro en la lluvia se esparcía por todas partes. Decidido á abandonar su asilo y en la duda de hacia donde dirigirse trató de averiguar la hora antes de abotonarse el impermeable; pero por más que buscó ni el reloj, ni la cadena de oro, recuerdo de sus padres, ni el bolsillo de plata se encontraban en sus bolsillos. Entonces comprendió que ese era el recuerdo que le dejara su falso compañero que no era sino un pícaro consumador y un cómico de primera clase.

Y ahora, ¡cualquiera le habla á Luciano de refugiarse en un portal cuando llueve!

LUIS DE CUENCA.

EL TESORO

Era una vez un pueblo, y era en el pueblo un señor muy rico, pero muy avaro, que pagaba tan miserablemente á sus servidores, que éstos, más bien que hombres libres y trabajadores, parecían esclavos y harapientos mendigos.

Los que labraban las tierras del señor regándolas con el sudor de su frente, de la frente de ellos, no lograban ganar el pan suficiente para matar el hambre; los que hilaban el

cañamo, los que tejían las telas, los que fabricaban los trajes y el calzado para el señor, estaban desnudos y descalzos, porque con la mísera retribución que recibían de él, apenas si podían mal comer; los que guardaban los bosques y las tierras del señor, andaban avergonzados y huídos, ocultándose de las gentes extrañas, que al verles extenuados y mal trajeados, pero con armas en las débiles manos, tomábanles por los salteadores y bandidos que aquéllos estaban encargados de perseguir; los comerciantes y tratantes no se establecían en aquél pueblo de miseria, y si lo hacían, pronto se miraban arruinados.

En tanto, era fama que en los profundos sótanos del palacio de aquél gran señor, el oro y la plata acuñada formaban grandes pilas, que llegaban hasta la bóveda; y las piedras preciosas asemejaban inmensos y fantásticos montones de desgranados gajos de granada y petrificadas gotas de rocío.

Pero, al lado de aquel grandioso tesoro, el pueblo perecía de inanición, y hasta el mismo señor del palacio llegó á sentir los efectos del hambre que consumía al pueblo.

Y como el hambre—dicen—es mala consejera, hubo quien propuso asaltar el palacio, matar al avaro y repartirse sus dineros y sus piedras preciosas, que, después de todo, no eran sino gotas cristalizadas de su sangre y de su sudor.

Mas el pueblo, aunque pobre, y tal vez por serlo, era honrado y no

ble, desechó aquella mala idea y continuó trabajando y sufriendo, con la esperanza puesta en Dios, que nunca desampara á los que en Él confían.

Así fué que lo que no hicieron los hombres lo decretó Dios; y un día en que el avaro bajaba á la cueva de su palacio para extasiarse, como de costumbre, en la contemplación de sus tesoros, resbaló en algunas monedas que habían caído sobre los primeros escalones de la larga, estrecha y húmeda escalera, rodándola con su cuerpo hasta lo más profundo, y rebotando su cabeza de peldaño en peldaño, llegó, ensangrentado, á hundirse y ahogarse en el oro que amontonó su codicia.

Herederó de tantas riquezas, fué un varón sabio, prudente y liberal aunque no tanto que repartiese por igual sus dineros y alhajas entre sus convecinos, como alguno había propuesto, un día de desesperación, pues comprendía que esto sería hacerles holgazanes, viciosos y, por lo tanto, desgraciados.

En cambio, emprendió grandes obras hidráulicas para el riego de los campos, favoreciendo así el desarrollo de la agricultura, base de toda riqueza, construyó edificios cómodos é higiénicos para albergue adecuado de todas las clases sociales, hermoseando al mismo tiempo la población; creó talleres y escuelas, plantó árboles, trazó jardines, hizo surgir fuentes y dotó á los guardas de sus campos de flamantes y vistosos uniformes, retribuyendo

espléndidamente los servicios en que jugaban su vida; y de igual modo recompensó al labrador, al obrero, en general, á la gran masa de aquel pueblo, que solo pedía consideración y trabajo.

Y, de este modo, aquel tesoro escondido durante tantos años en los sótanos del palacio, brotó á la luz y saltó reluciente de mano en mano, como el límpido manantial que surge de las entrañas de la tierra y salta y corre, libre y rumoroso, enriqueciendo y alegrando cuanto toca y baña.

Y el labriego, el obrero y el soldado recibieron por su trabajo mucho dinero, y como el metal no es cosa de comer, corrieron á ofrecérselo al comercio, y el comercio les proporcionó alimentos y trajes y cuantas cosas les fueron necesarias, y aun las superfluas, que adquirieron para solaz y entretenimiento del espíritu. Y así se enriqueció el comercio, y acudió á su vez á la industria, á la agricultura y á la minería; y todos también se enriquecieron y prosperaron, y pudieron pagar cómodamente sus contribuciones al señor, que vió entrar en sus arcas, por un lado los dineros que salieron por el otro, á la manera que el mar convertido en vapor, y luego en lluvia, vuelve á ser mar, después de haber fertilizado la tierra, sin que se pierda ni una sola gota.

G. SIERRA.

SUETOS

El día 22 y á los 33 años de edad, ha fallecido en esta Corte, D. Alfonso Gutierrez Casas.

Desempeñó en nuestra Sociedad el cargo de Contador y fué siempre uno de los primeros en sus iniciativas y en llevar á la práctica las de los demás, y como compañero, baste decir que hoy en día, aun se nota su falta.

La Sociedad en pleno se asocia al justo dolor de su viuda y de toda su distinguida familia y en particular al de nuestro querido amigo D. Angel Casas, primo y hermano político del finado y á quien, al parecer, persigue la desgracia, pues en el término de dos años escasos, es la tercera pérdida que sufre en su familia.

A todos enviamos desde estas columnas nuestro más sentido pésame.

NOTAS DE SECRETARIA

Han ingresado en la Sociedad los Sres. siguientes:

- D. Manuel Benedicto.
- » Angel Labrada.
- » Juan González Ocampo.
- » Casto Rodríguez del Valle.
- D.^a Rosa Tortosa.
- D. Manuel Garrido.
- » Luis Martínez de Tejada.
- » Francisco Cano de Benito.
- » Ricardo Berenger.
- » Hermenegildo Cebas.
- » Gregorio Salcedo.

El Secretario,

RICARDO DíEZ-CANEDO.

Ventura Rodríguez, 4.